



Koolau, el leproso

Koolau the Leper

■ Jack London (†)

■ —Nos quitan la libertad porque estamos enfermos. Hemos respetado la ley. No hemos hecho nada malo. Y, sin embargo, quieren encarcelarnos. Molokai es una prisión. Lo sabéis. Ahí tenéis a Niuli, cuya hermana fue enviada a Molokai hace siete años. No la ha visto desde entonces y nunca volverá a verla. Allí estará hasta que muera. No por su voluntad, ni por la de Niuli, sino por la de los hombres blancos que gobiernan la tierra. Y, ¿quiénes son esos hombres blancos?

Lo sabemos por nuestros padres y los padres de nuestros padres. Llegaron como corderos, hablando con dulzura. Sólo podían tener buenas palabras porque nosotros éramos muchos y fuertes, y todas las islas eran nuestras. Como digo, tenían buenas palabras. Eran de dos tipos. Unos nos pidieron permiso, nuestro gracioso permiso, para predicar la palabra de Dios. Otros nos solicitaron autorización, nuestra graciosa autorización, para comerciar con nosotros. Así empezó. Hoy, todas las islas, todas las tierras, todos los rebaños, son suyos. Los que predicaban la palabra de Dios y los que predicaban la palabra del ron se han unido y convertido en grandes jefes. Viven como reyes en casas con muchas habitaciones y multitud de criados a su servicio. Quienes nada tenían lo tienen todo; y, si vosotros, o yo, o cualquier canaco tiene hambre, arrugan el ceño y dicen: “Bien, ¿por qué no trabajas? Ahí están las plantaciones”.

Koolau hizo un alto. Alzó una mano y con dedos nudosos y deformes levantó la guirnalda de hibiscos que coronaba su negro pelo. La luz de la luna bañaba de plata la escena. Era una noche de paz, aunque los que escuchándole se sentaban a su alrededor, parecían restos de un naufragio. Sus facies eran leoninas. Aquí, donde antes hubo una nariz, ahora veíase un agujero; y allí, en el lugar de una mano había un muñón. Eran treinta en total, hombres y mujeres, marginados porque llevaban el estigma de la bestia.

Sentados en una noche luminosa y perfumada, adornados con guirnaldas de flores, sus labios emitían sonidos guturales y sus roncas gargantas aprobaban las palabras de Koolau. Eran criaturas que una vez fueron hombres y mujeres, pero que ya no lo eran.

Relato publicado en diciembre de 1909 en *The Pacific Monthly*. Traducción de Amparo Pérez-Gutiérrez.

Eran monstruos, grotescas caricaturas del cuerpo y rostro de un ser humano. Espantosamente mutilados y deformes, parecían criaturas torturadas por milenios de infierno. Si tenían manos, semejaban garras de arpías. Sus caras eran absurdas equivocaciones, rasgos golpeados y aplastados por un dios loco a cargo de la maquinaria de la vida. Aquí y allí podían adivinarse rasgos que ese dios casi había borrado, y una mujer vertía lágrimas ardientes por los horribles hoyos que ayer ocuparon sus ojos. Algunos sufrían dolores y de su pecho salían ruidos roncos. Otros tosían con una crepitación que recordaba el rasgado de una tela. Dos eran idiotas, como simios grandes desfigurados desde su concepción y hasta un mono hubiera parecido un ángel a su lado. Gesticulaban y farfullaban a la luz de la luna, bajo coronas de flores doradas que ya empezaban a marchitarse. Uno de ellos, cuyo hinchado lóbulo caía como un abanico sobre su hombro, arrancó una hermosa flor escarlata y naranja y se adornó la enorme oreja que aleteaba con cada movimiento.

Koolau reinaba sobre esos seres. Y éste era su reino: un desfiladero ahito de flores, sembrado de peñas y riscos, del que salían balidos de cabras salvajes. Tres de sus caras eran lúgubres paredes festoneadas de ricas cortinas de vegetación tropical y horadadas por las entradas a las cuevas que constituían las rocosas guaridas de los súbditos de Koolau. En su otra cara, el terreno se abría a un profundo abismo y allí abajo se veían los salientes de los picos y peñascos en cuya base tronaban y espumeaban las olas del Pacífico. Con buen tiempo un barco podía alcanzar la rocosa playa que indicaba la entrada al Valle de Kalalau, pero sólo si el tiempo era muy bueno. Y un montañero experto podía trepar desde la playa hasta el fondo del valle, hasta la hondonada entre los picos donde reinaba Koolau; pero debería tener la cabeza muy fría y conocer muy bien los caminos de las cabras salvajes. Era sorprendente que los desechos humanos que formaban la gente de Koolau hubieran podido arrastrar sus indefensas miserias por caminos de vértigo hasta este lugar inaccesible.

—Hermanos... —empezó Koolau. Pero una de aquellas quejumbrosas parodias simiescas emitió una salvaje risa de locura, y Koolau esperó hasta que la estridente carcajada y su eco se hubieron perdido a lo lejos en la calmada noche.

—Hermanos, ¿no es extraño? Las tierras eran nuestras y he aquí que no nos pertenecen. Los que predicaban la palabra de Dios y la palabra del ron, ¿qué nos dieron por ellas? ¿Cualquiera de vosotros ha recibido un dólar, un solo dólar, por la tierra? Sin embargo, es suya; y a cambio nos dicen que podemos ir a trabajar la tierra, su tierra, y que será suyo lo que produzcamos con nuestro esfuerzo. Mas, en los viejos tiempos no teníamos que trabajar. Y, cuando estamos enfermos, nos quitan la libertad.

—¿Quién trajo la enfermedad?, Koolau —preguntó Kiloliana, un hombre flaco y nervudo de faz tan parecida a la de un fauno riéndose que esperábase ver unas pezuñas hendidas bajo él. Y, ciertamente, estaban hendidas pero por grandes y lívidas úlceras putrefactas. Éste era Kiloliana, el trepador más osado de todos ellos; el hombre que conocía cada sendero y había llevado a Koolau y sus miserables seguidores hasta los recovecos de Kalalau.

—¡Ay! Buena pregunta —contestó Koolau—. Como no queríamos trabajar los campos de caña de azúcar donde un día pastaron nuestros caballos, trajeron esclavos chinos de allende el mar. Y con ellos vino la enfermedad china que sufrimos y por la que nos encarcelan en Molokai. Nacimos en Kauai. Hemos ido a otras islas, aquí y allí, a Oahu, Maui, Hawai, Honolulu. Pero siempre volvimos a Kauai. ¿Por qué? Debe haber alguna razón. Porque amamos Kauai. Aquí nacimos. Aquí hemos vivido. Y aquí moriremos, salvo... salvo que entre nosotros haya corazones débiles. A éstos no los queremos. Molokai es para ellos. Y si es así, no deben seguir entre nosotros. Mañana desembarcarán los soldados. Dejemos que los débiles de corazón bajen hacia ellos. Serán enviados a Molokai. Nosotros nos quedaremos y lucharemos. Pero sabed que no vamos a morir. Tenemos fusiles. Conocéis los estrechos senderos por los que deben trepar de uno en uno. Yo solo, Koolau, que una vez fui vaquero en Niihau, puedo defender el camino frente a mil hombres. Aquí está Kapahei, ayer juez sobre los hombres y un hombre de honor, pero que ahora es una rata acosada, como vosotros y como yo. Escuchémosle. Es sabio.

Kapahei se levantó. Una vez había sido juez. Había ido al instituto en Punahou. Se había sentado a la mesa con caballeros, jefes y altos representantes de las potencias extranjeras que protegían los intereses de comerciantes y misioneros. Ése había sido Kapahei. Pero ahora, como había dicho Koolau, era una rata acosada; un ser fuera de la ley, tan hundido en el fango del horror humano que a la vez estaba por encima y debajo de ella. Su rostro carecía de rasgos, excepto unos orificios y los ojos sin párpados que ardían bajo unas cejas peladas.

—No busquemos el enfrentamiento —empezó—. Les hemos pedido que nos dejen en paz. Si no lo hacen, suyos serán la culpa y el castigo. Como veis, no tengo dedos —levantó los muñones de sus manos para que todos pudieran verlos—. Pero aún me queda un vestigio de pulgar que puede apretar el gatillo con la misma fuerza con que ayer lo hacía su desaparecido vecino. Amamos Kauai. Vivamos o muramos aquí, pero no vayamos nunca a la cárcel de Molokai. La enfermedad no es nuestra. No hemos pecado. Los que predicaban la palabra de Dios y los que predicaban la palabra del ron, la trajeron con los esclavos *coolies* que trabajan las tierras robadas. He sido juez. Conozco la ley y la justicia y os digo que es injusto robarle la tierra a un hombre, hacerle enfermar con el mal chino y meterle en prisión el resto de su vida.

—La vida es corta, y los días están llenos de dolor —dijo Koolau—. Bebamos, bailemos y seamos cuan felices podamos.

De unos huecos en la roca sacaron calabazas y las hicieron correr entre todos. Estaban llenas del ardiente destilado de la raíz de la planta del *tí*; y, a medida que el fuego líquido circulaba por ellos y alcanzaba su cerebro, olvidaban que habían dejado de ser hombres y mujeres, porque volvían a serlo otra vez. La mujer que lloraba lágrimas ardientes por los hoyos abiertos en el lugar de sus ojos, volvía a vibrar llena de vida y rasgaba las cuerdas de un ukulele y elevaba su voz en una bárbara llamada de amor, como la que debió brotar de las profundidades del bosque en el alba de la humanidad. El aire se estremecía con su llanto dulcemente imperioso y seductor. Kiloliana bailaba

sobre una estera al ritmo de la canción de la mujer. Era inconfundible. El amor bailaba en todos sus movimientos y enseguida le acompañó en su danza sobre la estera una mujer de anchas caderas y pechos generosos, negados por su cara corrompida por la enfermedad. Era la danza de la muerte en vida porque en sus cuerpos en desintegración la vida aún amaba y anhelaba. La mujer cuyos ojos ciegos lloraban lágrimas hirvientes prosiguió cantando su lamento de amor; los bailarines continuaron su danza en la noche templada, y las calabazas circularon hasta que a sus cerebros llegaron los gusanos de la memoria y el deseo. Y a la mujer que bailaba sobre la estera se unió una esbelta doncella de bello y virginal rostro, pero cuyos sarmentosos brazos al subir y bajar mostraban los estragos de la enfermedad. Y los dos idiotas, farfullando y articulando extraños sonidos, bailaban aparte; grotescos, fantásticos, parodiando el amor como ellos habían sido caricaturizados por la vida.

Pero el lamento de amor de la mujer se quebró a mitad de camino, las calabazas bajaron y los bailarines pararon; todos miraron al abismo sobre el mar, donde una bengala llameaba como un pálido fantasma a través del aire iluminado por la luna.

—Son los soldados —dijo Koolau—. Mañana habrá lucha. Debemos dormir y prepararnos.

Los leprosos obedecieron y gatearon hacia sus guaridas sobre el acantilado, hasta que Koolau quedó solo, sentado inmóvil a la luz de la luna, con su fusil cruzado sobre las rodillas, mirando hacia abajo a los barcos que a lo lejos llegaban a la playa.

El fondo del Valle de Koolau era un refugio bien elegido. Salvo Kiloliana, que conocía hasta las más estrechas sendas en las escarpadas laderas, ningún hombre podía acceder al valle si no era avanzando por una cresta que era como el filo de un cuchillo. El paso medía unas cien yardas de largo y doce pulgadas de ancho como máximo. A cada lado se abría el abismo. Un mínimo desliz y el que pretendiera cruzarlo caería a derecha o a izquierda hacia la muerte. Pero una vez pasado estaría en un paraíso terrenal. Un mar de vegetación bañaba el paisaje, derramando sus verdes olas de un extremo a otro del valle, goteando grandes masas de vides desde los bordes de los acantilados, y enviando a las múltiples grietas una lluvia de helechos y líquenes. En los muchos meses del reinado de Koolau, él y los suyos habían luchado contra este mar vegetal. La asfixiante selva con su profusión de flores había sido mantenida alejada de los bananos, naranjos y mangos silvestres. En pequeños claros crecía la mandioca silvestre; en las terrazas de piedra, rellenas con tierra, había sembrados de taro y melones; y en los espacios abiertos, allí donde penetraba la luz del sol, los árboles de papaya estaban cargados de su dorada fruta.

Koolau había sido empujado a este refugio desde el valle próximo a la playa. Y si tenía que abandonarlo aún conocía gargantas entre el sinfín de picos del refugio interior donde podía llevar a sus seguidores y vivir. Y ahora yacía con su fusil al lado, vigilando a través de una cortina de follaje a los soldados en la playa. Observó que tenían grandes cañones en cuya superficie se reflejaba el sol como en un espejo. Ante él se hallaba el paso, estrecho como el filo de una navaja. Podía ver hombres que como puntos ne-

gros trepaban por el sendero que llevaba hasta él. Sabía que no eran soldados, sino policías. Cuando ellos fracasaran entrarían en juego los soldados.

Con su retorcida mano acarició con mimo el cañón del fusil y comprobó que los puntos de mira estaban limpios. Había aprendido a disparar cuando cazaba ganado salvaje en Niihau y su habilidad como tirador no había sido olvidada en la isla. A medida que los puntos negros se aproximaban, calculó la distancia, la desviación producida por el viento que soplaban en ángulo recto sobre la línea de fuego, y valoró la posibilidad de disparar por encima de las manchas que se hallaban por debajo de su nivel. Pero no disparó. No daría a conocer su presencia hasta que alcanzaran el comienzo del paso. No se mostró, sino que habló a través de la espesura.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Queremos a Koolau, el leproso —contestó el hombre que dirigía a los policías nativos, un americano de ojos azules.

—Dad la vuelta —dijo Koolau.

Conocía a aquel hombre, el comisario local, porque era quien le había echado de Niihau, a través de Kauai, hasta el Valle de Kalalau y desde el valle hasta el desfiladero.

—¿Quién eres? —preguntó el comisario.

—Soy Koolau, el leproso —fue la contestación.

—Entonces, sal. Venimos a por ti. Hay mil dólares por tu cabeza, vivo o muerto. No puedes escapar.

Koolau soltó una carcajada desde la espesura.

—¡Sal! —ordenó el comisario; pero sólo le contestó el silencio.

Habló con los policías y comprendió que se preparaban para atacarle.

—Koolau —gritó el *sheriff*—. Voy a cruzar para atraparte.

—Entonces mira antes a tu alrededor, el mar, el sol y el cielo, porque será la última vez que los contemples.

—Está bien, Koolau —dijo el *sheriff* en tono tranquilizador—. Sé que posees un disparo mortal. Pero no quieres dispararme. Nunca te he causado ningún mal.

Koolau gruñó en el matorral.

—Te digo, y lo sabes, que nunca te hice nada malo, ¿no es cierto? —insistió.

—Me haces mal cuando intentas encarcelarme —fue la respuesta—. Y eres injusto conmigo cuando pretendes los mil dólares que ofrecen por mi cabeza. Si quieres vivir, quédate donde estás.

—Tengo que cruzar el paso y detenerte. Lo siento, pero es mi deber.

—Antes de cruzarlo morirás.

El *sheriff* no era un cobarde. Pero dudaba. Miró abajo, al golfo del otro lado y recorrió con la mirada el filo que debía atravesar. Entonces se decidió.

—¡Koolau! —llamó.

Pero la espesura siguió en silencio.

—Koolau, no dispaes. Voy hacia ahí.

Se dio la vuelta; ordenó algo a los policías e inició su peligroso camino. Avanzaba despacio. Era como andar en la cuerda floja; sólo podía apoyarse en el aire; el suelo de lava se desmigajaba bajo sus pies y los pedazos de roca caían al abismo a cada lado. El sol ardía sobre su cabeza y su rostro estaba húmedo por el sudor. Siguió avanzando hasta un punto a la mitad del paso.

—¡Alto! —ordenó Koolau desde los matorrales—. Un paso más y disparo.

El comisario se tambaleó hasta que quedó inmóvil sobre el vacío. Estaba pálido, pero en sus ojos había decisión. Se humedeció los secos labios antes de hablar.

—Koolau, no deseas dispararme. Sé que no quieres hacerlo.

Reinició la marcha. La bala le hizo darse la vuelta. En su rostro había una expresión de quejumbrosa sorpresa mientras se balanceaba antes de caer. Intentó salvarse lanzándose a través del paso, pero en ese instante conoció la muerte. Un momento después el sendero estaba vacío. Entonces empezó el ataque; cinco policías, uno tras otro, corrieron con espléndido equilibrio por el afilado paso. A la vez, el resto abrió fuego sobre la espesura. Fue la locura. Cinco veces apretó Koolau el gatillo, tan deprisa que sus disparos parecieron uno solo. Variando su posición y arrastrándose bajo las balas que mordían y silbaban a través de los matorrales, se asomó. Cuatro de los policías habían seguido al *sheriff*. El quinto, caído atravesado en el paso, aún vivía. El resto de policías seguía al otro lado, sin disparar. Allí, sobre la roca desnuda, no tenían ninguna esperanza. Antes de que hubieran podido descender, Koolau habría podido acabar, uno a uno, con todos. Pero no disparó y uno de los policías, tras conferenciar, sacó una camiseta blanca y la ondeó como una bandera. Seguido por otro avanzó por el filo hasta el compañero herido. Koolau no dio señales de vida, pero les vio alejarse lentamente hasta convertirse en puntitos a medida que descendían hacia el valle.

Dos horas después, tras otro matorral, Koolau, observó cómo otro grupo de policías intentaba ascender por el lado opuesto del valle. Vio cómo las cabras salvajes huían delante de ellos a medida que iban subiendo; dudó de su cordura y llamó a Kiloliana, que, trepando, llegó junto a él.

—No. No hay paso —dijo Kiloliana.

—¿Y las cabras? —preguntó Koolau.

—Vienen desde el valle de al lado, pero no pueden pasar a éste. No hay camino. Ellos no son más sabios que las cabras. Pueden caer hacia su muerte. Veámoslos.

—Son hombres valientes —dijo Koolau—. Observémoslos.

Codo con codo permanecieron tendidos en el suelo, entre las campanillas y una lluvia de flores amarillas de *hau* cayendo sobre sus cabezas. Veían los puntos que eran hombres trepando ladera arriba, hasta que pasó lo que tenía que pasar y tres de ellos, resbalando, rodando, deslizándose por el borde del barranco, se despeñaron desde mil pies.

Kiloliana rió en silencio. —Ya no volverán a molestarnos —dijo.

—Tienen cañones —respondió Koolau—. Aún no han hablado los soldados.

En la somnolienta tarde, la mayoría de los leprosos dormía en sus guaridas en la roca. Koolau dormitaba a la entrada de la suya con el fusil, limpio y listo sobre las rodillas. La muchacha de brazos retorcidos vigilaba abajo, entre los matorrales, el afilado paso. De repente, Koolau se sobresaltó por el ruido de una explosión en la playa. Un instante después un estruendo desgarró increíblemente la atmósfera. El terrible ruido le asustó. Era como si todos los dioses hubieran tomado la bóveda celestial en sus manos y la estuvieran desgarrando como una mujer rasga una sábana de algodón. Pero era un desgarrar inmenso, que se acrecentaba con rapidez. Koolau, levantó la mirada con aprensión, como si temiera ver las consecuencias. Entonces, con una columna de humo negro, la granada estalló en el pico que había sobre sus cabezas. La roca se hizo añicos y los pedazos cayeron hacia la base del precipicio.

Koolau se pasó la mano por su frente sudorosa. Estaba muy alterado. No había visto un bombardeo y éste era más terrible de lo que hubiera podido imaginar.

—Una —dijo Kapahei, dedicado enseguida a llevar la cuenta.

Una segunda y una tercera pasaron rugiendo sobre la muralla, estallando lejos de su vista. Kapahei llevaba la cuenta ordenadamente. Los leprosos se apiñaron en el claro que había ante las cuevas. Al principio estaban aterrados, pero, como las granadas seguían volando sobre sus cabezas, se calmaron y empezaron a admirar el espectáculo. Los dos tontos chillaban de placer y hacían payasadas con cada una que cruzaba sobre ellos torturando el aire. Koolau empezó a recobrar la confianza. No les estaban haciendo daño. Evidentemente, desde tan larga distancia los proyectiles no podían lanzarse con la precisión de un fusil.

Pero la situación cambió. Los obuses empezaron a caer cortos. Uno estalló bajo los matorrales cercanos al paso. Koolau recordó a la muchacha que se hallaba allí vigilando, y bajó deprisa para ver qué había sucedido. El humo todavía salía de los arbustos cuando él se arrastraba entre ellos. Quedó atónito. Las ramas estaban rotas y astilladas. Donde había estado la muchacha había un agujero en el suelo. Estaba despedazada. El obús había explotado justo sobre ella.

Tras asomarse para comprobar que los soldados no intentaban cruzar, Koolau echó a correr hacia las cuevas. Sin pausa, los proyectiles continuaban silbando, aullando, chillando, y el valle retumbaba y reverberaba con las explosiones. Cuando estaba cerca de las cuevas vio a los idiotas brincando, cogiéndose las manos con los muñones de los dedos. Aún corría cuando una columna de humo negro brotó del suelo, cerca de ellos. La explosión los lanzó en sentidos opuestos. Uno quedó inmóvil, pero el otro se arrastraba con las manos hacia la cueva. Tras sí, tiraba de sus piernas inútiles mientras la sangre brotaba de su cuerpo. Bañado en sangre, al reptar gemía como un perrillo. Los demás, salvo Kapahei, habían huido hacia las cuevas.

—Diecisiete —dijo Kapahei. —Dieciocho —añadió.

La última granada había penetrado en una de las cuevas. Con la explosión se vaciaron todas. Pero de aquella no salió nadie. Koolau se adentró en ella arrastrándose a través del acre y picante humo. Terriblemente mutilados, cuatro cuerpos yacían en el in-

terior. Uno era el de la mujer ciega cuyas lágrimas no habían cesado hasta ese momento.

Fuera, Koolau halló a su gente presa del pánico y empezando a trepar por el sendero de cabras que llevaba al exterior de la garganta y al revoltijo de crestas y simas. El idiota herido intentaba seguirlos gimiendo débilmente y reptando con la ayuda de sus manos. Pero al llegar a la primera cuesta le pudo la impotencia y cayó hacia atrás.

—Sería mejor matarle —dijo Koolau a Kapahei, que permanecía sentado en el mismo sitio.

—Veintidós —contestó Kapahei. —Sí; sería lo mejor. Veintitrés... Veinticuatro.

El idiota soltó un quejido agudo al ver el fusil apuntándole. Koolau dudó y bajó el arma.

—Es duro hacerlo —dijo.

—Eres un tonto; veintiséis, veintisiete —dijo Kapahei. —Déjame enseñarte.

Se levantó y con una pesada piedra en la mano se acercó al herido. Cuando levantaba el brazo para golpear, una granada explotó de lleno sobre él, evitándole la necesidad de hacerlo y, a la vez, dando fin a su cómputo.

Koolau estaba solo en la garganta. Vio a los últimos de los suyos arrastrar sus mutilados cuerpos sobre la cresta de un alto y desaparecer. Entonces dio la vuelta y bajó hasta los matorrales donde habían matado a la mujer. El bombardeo continuaba, pero se quedó allí; allá abajo, a lo lejos, podía ver trepar a los soldados. Una granada estalló a veinte pasos de donde estaba. Pegado a la tierra oyó volar fragmentos por encima de su cuerpo. Una lluvia de flores de *hau* cayó sobre él. Levantó la cabeza para mirar hacia el paso y suspiró. Tenía mucho miedo. Las balas no le asustaban, pero este bombardeo era abominable. Con cada granada que pasaba cerca de él, se estremecía y agazapaba; pero una y otra vez se incorporaba para vigilar el sendero.

Por fin, cesó el bombardeo. Debía ser, razonó, porque los soldados se acercaban. Trepaban por el camino en fila india y trató de contarlos hasta que perdió la cuenta. En cualquier caso eran unos cien, todos tras Koolau, el leproso. Sintió una punzada de orgullo. Policías y soldados venían a por él con cañones y fusiles; por él, un hombre solo y, además, una piltrafa. Ofrecían mil dólares por él, vivo o muerto. En toda su vida nunca había tenido tanto dinero. Fue un pensamiento amargo. Kapahei estaba en lo cierto. Él, Koolau, no había hecho nada malo. Como los *haoles* necesitaban mano de obra para trabajar las tierras robadas, habían traído a los *coolies* chinos, y con ellos había venido la enfermedad. Y por haberla contraído ahora valía mil dólares; pero no por sí mismo. Era su cuerpo sin valor, podrido por el mal, o muerto por la explosión de una bomba, el que valía ese dinero.

Cuando los soldados alcanzaron el afilado paso estuvo a punto de advertirles. Pero su mirada dio con el cuerpo de la mujer asesinada y permaneció en silencio. Cuando ya se habían aventurado seis por el sendero, abrió fuego. No paró hasta que quedó desierto. Vacío la recámara; la recargó y la vació de nuevo. Siguió disparando. Todos los agravios sufridos ardían en su cerebro y estaba furioso de venganza. A lo largo del camino de ca-

bras los soldados disparaban y, aunque permanecían cuerpo a tierra e intentaban ocultarse tras sus poco profundas irregularidades, estaban a descubierto. Las balas silbaban y golpeaban con un ruido sordo a su alrededor y a veces alguna rebotaba y cruzaba el aire con un agudo silbido. Una abrió un fino surco en su cuero cabelludo y una segunda le quemó la paletilla sin llegar a romperle la piel.

Fue una masacre causada por un hombre solo. Los soldados iniciaron la retirada llevándose a sus heridos. Mientras disparaba, Koolau percibió olor a carne quemada. Miró alrededor y descubrió que procedía de sus manos y, aunque su carne se quemaba y percibía su olor, no sentía dolor.

Se mantuvo tumbado entre los matorrales, sonriendo, hasta que recordó los cañones. Sin duda, volverían a abrir fuego contra él y ahora las bombas caerían en la espesura desde donde había disparado. Nada más desplazarse a un recoveco tras un recodo en el que había observado que no caían los obuses, se reanudó el bombardeo. Los contó. Cayeron sesenta en la garganta antes de que callaran los cañones. La pequeña superficie quedó tan picada por las explosiones que parecía imposible la supervivencia de cualquier criatura. Eso debieron pensar los soldados y volvieron a trepar por el estrecho camino bajo el ardiente sol de la tarde. Y el estrecho sendero fue disputado otra vez y nuevamente hubieron de retirarse hasta la playa.

Durante dos días más Koolau defendió el paso, a pesar de que los soldados se conformaban con lanzar bombas sobre su refugio. Entonces, Pahau, un adolescente leproso, subió hasta un pico a espaldas de la garganta y le gritó que Kiloliana había muerto en una caída cazando cabras para comer, y que las mujeres estaban asustadas y no sabían qué hacer. Koolau le mandó bajar y le cedió un fusil para guardar el paso.

Halló a su gente desalentada. La mayoría era incapaz de procurarse alimento en tan duras circunstancias y ayunaba. Eligió a dos mujeres y uno de los hombres menos dañados por la enfermedad y los envió tras la garganta para que subieran comida y esteras. Animó y consoló a los demás, hasta que los más débiles pudieron echar una mano para construir unos refugios sencillos.

Pero los enviados por comida no volvían y fue hacia la garganta. Al llegar a la cima restallaron media docena de fusiles. Una bala le atravesó la carne del hombro y una segunda, al rebotar contra la roca, desprendió una lasca que le cortó la mejilla. En ese momento, al retroceder de un salto, vio que el desfiladero estaba lleno de soldados. Su propia gente le había traicionado. El último bombardeo había sido demasiado terrible y habían preferido la prisión de Molokai.

Volvió atrás y se despojó de una de las pesadas cartucheras. Echado entre las rocas esperó a que la cabeza y los hombros del primer soldado fueran bien visibles antes de disparar. Lo hizo dos veces y después, tras una pausa, en vez de una cabeza y unos hombros, una bandera blanca fue empujada por encima de la cresta.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Si eres Koolau el leproso, te queremos a ti —llegó la respuesta.

Koolau se olvidó de todo y de donde estaba; echado en el suelo, maravillado por la rara insistencia de estos *haoles* dispuestos a imponer su voluntad aunque el cielo cayera sobre ellos. Sí; impondrían su voluntad sobre todos los hombres y todas las cosas, aunque en ello les fuera la vida. Estaba convencido de lo imposible de su lucha. No era posible resistir a la terrible voluntad de los *haoles*. Aunque matara a mil, se levantarían tantos como las arenas del mar y cada vez vendrían más por él. Nunca se daban cuenta de cuándo estaban vencidos. Tal era su defecto y su virtud. Y ahí era donde fracasaban los de su raza. Ahora entendía cómo un puñado de predicadores de Dios y de predicadores del ron había conquistado la tierra. Era porque...

—Bien, ¿qué tienes que decir? ¿Vendrás conmigo?

Era la voz del hombre invisible bajo la bandera blanca. Allí estaba, como todos los *haoles*, empeñado en un objetivo concreto.

—Hablemos —dijo Koolau.

La cabeza y los hombros aparecieron sobre la roca y después el cuerpo entero. Era un joven de veinticinco años, de rostro lampiño, ojos azules, estilizado y elegante con su uniforme de capitán. Avanzó hasta que Koolau le mandó parar y se sentó a doce pasos de él.

—Eres un hombre valiente —dijo Koolau con asombro—. Podría matarte como a una mosca.

—No; no podrías —respondió.

—¿Por qué no?

—Porque, Koolau, aunque malo, eres un hombre. Sé tu historia. Matas con justicia. Koolau gruñó, pero se sentía halagado en su interior.

—¿Qué habéis hecho con mi gente? Con el muchacho, las dos mujeres y el hombre.

—Se entregaron, como vengo a pedirte que tú hagas también.

Koolau rió incrédulo. —Soy un hombre libre —proclamó—. Nada malo he hecho. Sólo quiero que me dejéis en paz. He vivido libre y libre voy a morir. Nunca me entregaré.

—Tu gente es más prudente que tú —respondió el joven capitán—. Mira, ahí vienen.

Koolau se volvió y vio cómo se acercaban los que quedaban. Gimiendo y suspirando en una procesión atroz, arrastraban su miserable pasado. Y aún tuvo que saborear una amargura mayor, porque al acercarse le cubrieron de insultos e imprecaciones; y la bruja jadeante que cerraba la marcha se detuvo a su lado y extendiendo sus descarnadas manos de arpía a la vez que agitaba su enmarañada cabeza de muerte, le maldijo. Uno a uno fueron superando la cresta y se entregaron a los ocultos soldados.

—Ya puedes irte —dijo al capitán—. Nunca me rendiré. Es mi última palabra. Adiós.

El capitán descendió por la ladera hacia sus soldados. Al momento, y sin bandera de tregua, izó su sombrero con la vaina de la espada y Koolau lo atravesó de un balazo. Aquella tarde le bombardearon desde la playa y perseguido por los soldados hubo de retroceder hasta los picos más inaccesibles.

Durante seis semanas le siguieron de refugio en refugio, sobre cimas volcánicas y trochas de cabras. Cuando se escondió en la jungla formaron líneas de batidores y le

acosaron como a un conejo entre la lantana y los guayabos. Mas cambiaba de dirección, les esquivaba y siempre escapaba. No podían acorralarlo. Cuando se le acercaban demasiado, su certero fusil les hacía retroceder y por angostas veredas debían bajar a sus heridos hasta la playa. Hubo ocasiones en que fueron ellos los que dispararon, como cuando por un momento su tostado cuerpo apareció entre los arbustos. Una vez, cinco soldados le sorprendieron en un sendero descubierto y descargaron sus fusiles sobre él mientras trepaba por un camino de vértigo. Más tarde encontraron allí restos de sangre y supieron que estaba herido. Al cabo de seis semanas abandonaron. Soldados y policías volvieron a Honolulu y el valle de Kalalau volvió a ser suyo, aunque de vez en cuando, y para su desgracia, algún cazador de recompensas se aventuraba tras él.

Dos años después, y por última vez, Koolau caminó despacio hasta los matorrales y se tumbó entre hojas de *ti* y flores de jengibre. Había vivido libre y libre iba a morir. Empezó a caer una fina lluvia y se echó una manta raída sobre los deformes muñones de sus miembros. Llevaba un chaquetón de tela impermeable. Cruzó su fusil Máuser sobre el pecho, deteniéndose un instante en secar con afecto la humedad del cañón. La mano con que lo hizo no tenía dedos para apretar el gatillo.

Cerró los ojos, porque con la debilidad de su cuerpo y la borrosa confusión de su cerebro, supo que se acercaba su fin. Como un animal salvaje, se escondía para morir. Semiinconsciente, errante sin rumbo, revivió su prematura madurez en Niihau. A medida que su vida se apagaba y el goteo de la lluvia le llegaba cada vez más débil, le pareció que volvía a estar en medio de la doma de los caballos; sintió cómo los potros indómitos se encabritaban y agitaban debajo de él con los estribos atados sobre la panza; o galopar frenéticamente por el cercado haciendo que los vaqueros saltaran las empalizadas. Al instante, y como lo más natural, se vio persiguiendo toros salvajes por las altas praderas, cazándolos a lazo y llevándolos hacia los valles. El sudor y el polvo del marcado a fuego en el corral le volvieron a picar otra vez en los ojos y a penetrar en la nariz.

Toda la fuerza y plenitud de su juventud volvieron a ser suyas, hasta que las agudas punzadas de una inevitable disolución le devolvieron a la realidad. Pero, ¿cómo? ¿Por qué? ¿Por qué su brava juventud se había transformado en esto? Recordó entonces que, otra vez y sólo por un momento, era Koolau, el leproso. Sus párpados temblaron cansados y a sus oídos dejó de llegar el ruido de la lluvia. Un largo temblor recorrió su cuerpo; hasta que también cesó. Levantó un poco la cabeza, pero la dejó caer. Luego, sus ojos se abrieron para no volver a cerrarse. Su último pensamiento fue para su Máuser, que apretó contra su pecho con las manos enlazadas y sin dedos.